

II

A LA CONDESA DE TOLOSA



II

EL PAPA

HACÍA setenta años que el Papado había puesto su silla en Aviñón, lejos de Roma abandonada. Aviñón extendió sus alas al verse convertida en la capital del mundo cristiano y asiento del Papa-rey. Todos los creyentes en Jesucristo habían dirigido su carro hacia la morada de su Vicario. Las naciones abrevábanse en el Ródano. Los Príncipes de la Iglesia habían edificado sus palacios en las eras y en las márgenes del Sorgo. Luego vinieron los burgeses, y los nobles más tarde. Veíanse entremezcladas las casas adornadas con ricos fanales y gárgolas con las de ale-

ros á la genovesa. Se contaban por millares las iglesias, las columnas, adornadas con santos, las capillas y los oratorios. Continuamente atronaba la ciudad el sonido de cien campanas tintineando alegremente; por la noche brillaban, iluminados por los faroles de los retablos, vírgenes y santos en las esquinas.

Pero el palacio pontifical descollaba entre todos. Asentado sobre la Roca escarpada, el gran castillo toca las nubes, elevando su cima á la bóveda celeste, y sobre el espaldar de sus arcadas, la prodigiosa cuadratura de sus siete torres de piedra berroqueña, recordaban por su altura la mansión de los gigantes. El monumento se miraba en el espejo del río que corre á sus pies, dominando desde lo alto la plana inmensa que le rodea; entre las flores y hojarasca de sus ventanales graznaban las aves de rapiña y los vencejos chillaban, revoloteando, entre sus almenas.

A horcajadas sobre el caudaloso Ródano, como un camino de arcos triunfales, juntaba á Francia con Provenza, un majestuoso puente de piedra, de longitud tal vez única. Para defensa y como original corona, tenía la ciudad nuevas y hermosas murallas que la ceñían; y

llena como un enorme huevo podía decir: *unguibus et rostro*, y mostrar al mundo el lema zumbón del aguilucho que aprieta las llaves entre sus garras.

Los levantinos traficaban; los cardenales cabalgaban, vestidos de púrpura; los romeros de San Antonio ó de San Bartolomé, cantaban enardecidos por sus calles, en alta voz; había barqueros y aventureros; frailes de todos colores; excomulgados que contritos dábanse recios golpes de pecho; marineros y soldados que reñían en las tabernas y posadas, y hacían tal ruido y movían tales escándalos que solo allí podían presenciarse.

Unas veces eran los caballeros de Rodas con la cruz de ocho puntas bordada en blanco sobre la loriga los que subían orgullosos la Calade; otras caía de bruces en el santo suelo, en plena farándula un fraile repartidor de indulgencias... Se veían penitentes de toda calaña vestidos de estameña y flageladores con las espaldas ensangrentadas, rasgándose la piel con la cuerda de triple nudo:

—¡Ah, carne golosa, carne pecadora: te despedazaremos!—y aplicábanse sendos latigazos á los riñones. Más allá

doctores discutiendo sobre ciencia; italianos hablando de Rienzi ², y más allá colegiales traviesos, ébrios de juventud, que al atardecer recitaban, bajo las ventanas de las damas galantes, los versos de amor con que Petrarca inmortalizó á Laura, la gentil aviñonesa..... ¡Aquí está la embajada española! ¡Paso, qué llega el señor Preboste acompañado de sus arqueros! ¡Los diputados del rey de Hungría! ¡Viva la princesa María! ¡Viva el papa Benedicto! ¡Oh, cuánto calor, qué sed!

—¡Dios os guarde, señora Micaela!

—¡Ay, maese Eusebio, qué fatigada estoy! Permittedme que tome mi abanico... En parte alguna se está como en casa.

—¿Quién quiere naranjas de Mallorca?

—¡Sandía fresca, ensaimadas, tortas!

—¡Ay, me han rasgado mi faldellín!

—¡Yo perdí mis rosarios!

Y griterío, procesiones magníficas, empujones, alertas, y alguna vez un judío que atemorizado, huye á todo correr despavorido.

—¡El andrajoso, ese de la montera amarilla! ¡A la judería, á su madrigueral!

Más de cincuenta chiquillos van tras él; y para mofársele cogen una gaya de sus bragas, simulan con ella una oreja de cerdo, y la chusma le grita:

—¡Vé aquí la oreja de tu padre!

Sobre esta Babel, alzando su voz tumultuosa el formidable mistral, llamado también viento terral, cae de vez en cuando desde las altas cumbres, como una tromba, sobre la llanura y en el espacio blanquecino cuando el huracán impetuoso arrancaba las tejas, diríais que era el aliento de Dios que pasaba para llevar la bendición del Papa á las naciones.

Pero la ola sube y baja. Esta pompa triunfal, esta gloria, declinaba.

El viejo Diablo, que es muy astuto, había metido la cizaña en el Sacro Colegio, y una oleada de herejía, una lamentable discordia había roto lo que fué uno y dividió á la Iglesia en dos ramas. Había un Papa y un Antipapa. Pedro de Luna ³ contaba con la adhesión de Aviñon y Barcelona; Bonifacio, por otro lado, se tifulaba Soberano Pontífice de Roma. Los franceses, los alemanes y los ingleses, tenían al romano por Papa; más los provenzales y los catalanes acataban al papa de Durance.

El *condottiere* Boucicaud, mariscal del rey de Francia, vino con sus tropas combatiendo con el hierro y con el fuego al viejo y testarudo Pontífice que reinaba en Aviñón.

Duró el sitio cinco años, durante los cuales atronaron las máquinas de guerra las bóvedas del palacio gigantesco. Las culebrinas, las bombardas y los cañones destrozaban la ciudad aviñonesa.

Desafiando el fuego y los trabajos de zapa, en su nido de águilas dominador, entre truenos y relámpagos permanecía sereno el gran Pontífice, como un Júpiter tonante en su trono del Olimpo, haciendo caer sobre los asaltantes grandes peñascos y materias explosivas, y lanzando sobre el mundo el fulgor de sus relámpagos... El fuerte está lleno de aragoneses y catalanes siempre metidos en sus arneses; llevan la capa con gallardía y están dispuestos á dejarse matar, hasta el último, por su Papa aunque haya que luchar contra el mismo Diablo. El sabio rey de Pamplona se los llevó á su primo Pedro de Luna, cuando vino años há en sus galeras por el mar y el Ródano á rendir homenaje á Benedicto como un rey mago. Enton-

ces hubieron fiestas y festines para honrar al rey Martín ⁴. Benedicto XIII dió al rey de España, ante su corte que le servía de cortejo, la Rosa de Oro; y la ciudad gritó á coro:

—¡Viva el jardín de los olivos! ¡Viva la santa Iglesia! ¡Viva el Papa y su abanderado!

Pero el Papa está hoy cautivo. Todo va de mal en peor. El hambre, el hambre horrible, sube y avanza; sube al gran castillo y afloja los brazos á los guerreros. Falta el pan, falta el vino, todos los víveres escasean y los hombres están extenuados, secos como el corcho. Por entre las almenas, al apuntar con sus ballestas, ven el Ródano á sus pies cargado de sacos de granos y toneles... En lo alto había una maravilla: un hermoso huerto de olivos sobre las arcadas de las salas espaciosas y sobre las ojivas colosales estaba como suspendido en el aire... En aras al Santo Padre han talado la selva con el fruto verde aún, para prepararse contra el invierno.

El Papa medita, torvo y ceñudo. Los cardenales de su cónclave han abandonado su campo y pasádose al otro; solo quedan á su lado dos viejas cabezas

canas; pero el patriarca indomable aunque quede sólo, aislado en su nave, boga siempre, boga balanceándose sobre el Gran Cisma, iracundo; y cuando obispos y monarcas quieren arrancarle de su barca, contesta:—No bajaré; papa soy y papa moriré.

La pequeña Nerto sale de su torre. Un solo grito resuena en el palacio...— ¡Alerta! ¡Alerta!—La aparición de un espíritu no hubiese causado tanta alarma; todos se preguntan:—¿Quién será?—Aragoneses y catalanes palpitantes de emoción se precipitan y rodean á la joven baronesa; la perra cazadora de liebres que la acompaña, contenta al ver otra vez el sol, salta y acaricia á todos con su hocico. En medio de la sorpresa, Nerto pide que sin tardanza la presenten al jefe de la fortaleza.

Envuelto en su capa rayada de rojo y oro, el capitán del castillo preséntase arrogante. Es un joven de noble proge-
nie, don Rodrigo de Luna: es sobrino del viejo papa. Atrevido, valiente y altanero, su espada no puede estar mucho tiempo quieta en la vaina. Brillan sus ojos como dos brasas; lleva melena de león, barba negra y fina como el pelo de un topo... ¡Guay de aquel que tropiece con él!

De vez en cuando, aventurábase con algunos compañeros por Aviñón durante la noche, haciendo el guapo, encaramándose por las altas parras ó cantando bajo las ventanas:—¡Ven hermosa y ábrele al amante de tierno corazón!—Y si era preciso apaleaba á los guardias y al preboste. Al día siguiente encontraban en la puerta de alguna dama, á un joven agonizante sobre un charco de sangre... Pero aun se contaban cosas más estupendas del sobrino del Papa: crímenes y locuras atroces... y cuando el río sueña... Figuráos, bellas lectoras, cuan intrigado quedaría don Rodrigo cuando vió caer en sus brazos aquel hermoso capullo, aturdido como un pitirrojo.

—Aquí estoy para serviros, señora; dispuesto á volar si lo ordenáis. Decid pronto, ¿qué queréis? ¡Presto estoy á obedeceros!

—Quiero—contestó la gentil Nerto—ver al Papa.

—Todas las puertas de palacio están abiertas para vos, ¡mandad!

Al decir esto don Rodrigo, se lanza hacia ella como el pájaro que descubre una espiga granada, tomándole la mano y besando las puntas de sus dedos. Dándole el brazo la conduce por escale-

ras iluminadas por la luz que dejan pasar las troneras abiertas en el espesor de enormes muros; pasan por puertas, revellines, reductos, laberintos, rellanos y corredores interminables. Suben, bajan, vuelven á subir andando sin parar, viendo la opulencia en desorden del papado fastuoso: montones de oro; una cueva llena de cálices de plata; un firmamento refulgente de gruesos diamantes, caledonias, sardónicas, esmeraldas, lápis-lazuli y carbúnculos; tapices colgados, los estandartes cogidos á los infieles en Tierra Santa por los príncipes cristianos. Nerto, durante la larga caminata refiere su historia y luego, asustada explica cómo la vendieron al Demonio.

—Yo—dijo don Rodrigo—para salvaros del «enemigo» veo un maravilloso remedio: ¿Sabéis quién puede vencer al Diablo? Solo el amor.

—¿Y qué es eso del amor?—contesta la doncella.—En todas las novelas y canciones toma parte.. Pero ¿quién puede dar razón de su paradero?

—Tal vez yo pudiese conducirlos á él—replica don Rodrigo.—El sendero de los amorcillos, lleno de clara sombra y flores, es el camino del paraíso.

—No obstante, señor—dice Nerto—la santa Iglesia nos enseña que la senda del paraíso está llena de piedras y de espinas.

—El amor es un ramo perfumado que llevamos en el pecho—arguye don Rodrigo;—es una copa de hipocrás puro y delicioso. El amor es una fuente que nace y suspira dentro de su nacarada concha; luego regocijada crece y se desborda como un río y en todos sus islotes trinan los pájaros. El amor es un mal-estar suave, una emoción potente, un sueño en el cual se vive gozando los placeres de los dioses; el amor es un rayo de sol en el que dos almas embriagadas vuelan hasta la luz candente confundándose para siempre. El amor es una llama exquisita que se adivina en los ojos, que rebosa el corazón embalsamándolo; que puede darse con la mano; es un suspiro, es un aliento que cubre de flores los arbustos; es, en fin, una boca de fuego que no encuentra sitio donde apagar la sed y jadeante exclama: «¡muero!» si no encuentra otra boca hermana.

En el momento en que ya se inclina el delirante galán para besar á la inocente joven, en lo alto de la muralla ven un



... en lo alto de la muralla ven un crucifijo...

crucifijo con los brazos abiertos, desgrenaado por el dolor, con dos llaves cruzadas bajo una tiara cincelada.

Nerto hace la señal de la cruz y volviéndose hacia el enamorado dícele:

— Buen caballero, me parece que vuestras palabras no se acomodan bien con el *Breviario del Amor*; pues en sus páginas de oro creo haber leído que el amor debe ser puro como en el paraíso terrestre.

La dama y el caballero se encontraban entonces en lo alto de la escalera de honor. A sus pies se desplegaban las inmensas gradas de mármol blanco. Don Rodrigo dijo á media voz empujando una gran puerta:

— Noble dama: mi corazón se lleva la esperanza de seros grato algún día... Dignaos entrar: ahí está el Papa.

La joven baronesa entra temblando en la Miranda. La sala que llevaba este nombre, alta y vasta, era la maravilla de Aviñón. Entre los nervios gigantescos de su bóveda, sobre los espacios libres, el pincel del maestro Memmi había representado el cielo y todas sus magnificencias en hermosos frescos. Todo revelaba allí la presencia del gran pontifice de las naciones cristianas.

Por las ventanas en cruz se desplegaba natura con sus planicies y eminencias y la vista ensimismada podía contar todos los Sorgos del Condado⁵, todas las ciudades que se levantan en la rica tierra de Venisso.

Benedicto XIII estaba en su reclinatorio pensativo; contemplaba el día que desaparecía tras las colinas lejanas tiñendo de rojo el Ventour cubierto de nieve. Era un viejo alto, vestido de blanco, con larga barba imponente, flaco como un Cristo, los ojos cavernosos, la frente triste. Absorto en sus reflexiones veía en aquel momento la Cristiandad dividida. Desde allí contemplaba la Iglesia bamboleándose y sin timón; veía las santas almas desoladas en el mar agitado y rugiente; veía divididos los Concilios en diversos bandos anatematizándose unos á otros, escandalizando el universo. Pero convencido de que era el Papa verdadero decía:—¡No cederé!

Cuando se abre la puerta, Nerto se dirige al Santo Padre, se inclina respetuosamente y cae de rodillas á sus pies.

—¿Quién eres, de dónde vienes, hija mía?—le pregunta.—Maravillado estoy de verte aquí, pobrecita, por la cruda guerra que se nos hace.

—Escuchadme, santísimo Padre—contestó Nerto;—el Altísimo me envía como mensajera para ponerlos fuera de peligro. Château-Renard es mi patria, el barón Pons mi padre... Diré como he llegado hasta aquí. Vuestra torre de Tourrias y el castillo que véis en el horizonte están unidos por una mina subterránea⁶. Por ella podemos salir sin miedo; yo he llegado hasta aquí por ese camino. El papa Clemente y la reina doña Juana, cuando ésta habitaba el castillo, mandaron construir secretamente, hace cincuenta años, este corredor para que el Papa pudiese huir en caso de guerra por bajo tierra... He ahí la libertad, Padre mío, para vos y para vuestros derechos combatidos con tanta violencia. La Provenza independiente os espera enardecida; los ciudadanos y los barones de Arlés, Baux, Sisteron, Draguignan y Castellane, de la montaña y del llano os guardarán y os defenderán, pues sois el gran vicario de Dios.

El Papa exclamó:

—¡Dios todopoderoso! ¡Qué extraño acontecimiento! ¡Tú eres un angel, un angel puro que Dios envía para confundir á los malos!

Benedicto, levantando la diestra había

hecho ya solemne movimiento de bendición, cuando de pronto se oyó en el palacio un rumor espantoso. Rodrigo de Luna terrible, entraba gritando en la Miranda:

—¡Ha llegado el día calamitoso! ¡Todo está perdido, el palacio arde! El fuego griego serpentea sobre la crestería del fuerte atizado por el mistral maldito: llueven bombas sobre las siete torres; parece que el cielo se venga abajo para aplastar como á un hueso de aceituna al papado aviñonés... El hacha del leñador parte ya el tronco; huid, Padre Santo, al pueblo provenzal, y cuando llegue el asalto pereceremos todos entre las llamas si es preciso, vendiendo caras nuestras vidas, precipitando nuestras almenas sobre Boucicaut y su manada.

El Papa se arrodilla, reza con la vista anegada en el infinito y dice con majestuoso acento:—¡Hágase tu voluntad!—Luego, como un árbol que se endereza después de sacudido por la ráfaga violenta, el Papa, yérguese como un mástil, va hacia el muro, toma las formas consagradas encerradas dentro del altar en un relicario de oro, y las estrecha con fuerza sobre su corazón.

Entonces, acompañado de Nerto, á



... se arrodillan en masa para que los bendiga ..

quien no abandona nunca su perra cazadora de liebres, baja el noble viejo la escalera de mármol cuya blancura manchan de rojo los moribundos y los cadáveres. Al cruzar el gran patio, sus viejos soldados ábrele paso y presintiendo cercana su última hora se arrodillan en masa para que les bendiga; á veces no pueden contener el dolor y entre los ruidos del viento que sopla estalla su llanto y su último adiós.

Benedicto sube á lo alto del fuerte llevando á su Dios sobre el corazón; suena una campana en lo alto del palacio; todo Aviñón se estremece, los cañones callan en espera de algo grande... Todos saben que la campana de plata sólo toca cuando el Papa está en su trono ó cuando la muerte viene por él.

Benedicto XIII avanza sobre el parapeto de su fuerte con la tiara en la cabeza; blanco, rígido. Todo Aviñón se arrodilla á sus pies. El ejército de Boucicaut baja la frente y las banderas. El gran pontífice de los creyentes, levantando la voz y el brazo, dice al mundo hablando *urbi et orbi*:

—*Benedicat vos Dominus, Pater, Filius et Spiritus!*

Frente al palacio que devora el incendio, el pueblo al oír esta voz suprema, responde llorando con un gran suspiro:

—*¡Amen!*

Largo rato permaneció Pedro de Luna entre las llamas, erguido sobre la Roca de Dom⁷, firme contra el viento y la tempestad; luego levantando tristemente la cabeza miró por última vez las babilónicas ruinas del Vaticano aviñónés, y el último papa de Aviñón envolviéndose en su capa de grandes pliegues y guiado por la triste luz de la linterna de Nerto, desapareció en la sombra del corredor subterráneo, como un sol en la caída de la tarde.

